

El problema de la especialización en José Ortega y Gasset:

Misión de la Universidad y La rebelión de las masas

Jorge Costa Delgado *

Universidad de Cádiz

Resumen: Estas dos obras de Ortega recogen el problema de la ciencia y la técnica en la sociedad moderna. El primer ensayo es trascendental para comprender la evolución de la enseñanza superior en España hasta la actualidad. *La rebelión de las masas* abordará el problema de la especialización como uno de los rasgos característicos de la sociedad que trata de describir. Una cuestión que, como el propio concepto de masa según Ortega, “es potencia bifronte de triunfo o de muerte”. Finalmente, pondremos en relación el análisis de Ortega con la situación que el binomio especialización-interdisciplinariedad atraviesa en la sociedad actual.

Palabras clave: Ortega, especialización, masas, crisis de la Modernidad.

Abstract: These two Ortega’s works show the problem of science and technology in modern society. The first essay –*Mission of University*- is essential for understanding the evolution of higher education in Spain until today. *The Revolt of the Masses* deals with the problem of specialization as one of the distinctive features of the society which describes. This question is, as the own concept of “mass” in Ortega, “two-faced potential of victory or death”. Finally, we’ll put Ortega’s analysis in connection with the situation of the pairing specialization-interdisciplinary nature in present society.

Keywords: Ortega, specialization, masses, crisis of Modernity.

Convendría, en primer lugar, aclarar el porqué de la elección de estas dos obras de referencia, cuando es posible encontrar en la bibliografía de Ortega y Gasset otros estudios centrados exclusivamente en el tema de la ciencia. *La rebelión de las masas* y *Misión de la Universidad* tratan la especialización desde la perspectiva de la relación entre ciencia y sociedad, pero mientras en el primer caso encontramos un análisis antropológico de la experiencia vital de una época, en *Misión de la Universidad* se trata la inserción de esta experiencia general en un problema concreto. Esto nos permite articular esquemáticamente la relación entre la razón vital y la razón histórica en Ortega y Gasset, a la vez que observamos un ejemplo de aplicación a una circunstancia

* Av. Cayetano del Toro, 20-2°C, 11010-Cádiz; jorge.costadelgado@alum.uca.es

específica. Mención especial merece el hecho de que tal circunstancia haya marcado muy significativamente la vida intelectual española hasta la actualidad.

1. Origen de la especialización

La coherencia con la idea orteguiana de la “razón histórica” obliga a comenzar el estudio del problema de la especialización desde una perspectiva histórica. De hecho, las referencias a estos orígenes son constantes, sobre todo en *La rebelión de las masas*: prácticamente en cada capítulo encontramos citas al siglo XIX, destacando que todo fenómeno referente a la sociedad que observa Ortega no es nada más –y nada menos– que el desarrollo de lo que potencialmente se encuentra en este siglo. No debemos olvidar que la exigencia de claridad expositiva frente a un público sumamente influenciado por la prensa –“la visión periodística deforma esta verdad reduciendo lo actual a lo instantáneo y lo instantáneo a lo resonante”¹– obliga a Ortega a reforzar constantemente la idea de una continuidad histórica mediante un pasado que resulte inteligible al lector: el texto de *La rebelión de las masas*² fue inicialmente publicado en forma de artículos en el periódico *El Sol*³. Lo cierto es que Ortega efectivamente consideraba que el siglo XIX era crucial para comprender el proceso de especialización científica y sus repercusiones sociales, pero no como un fenómeno de generación espontánea, sino como el momento en que se articulan una serie de procesos que existían previamente. Así, la tesis de Ortega vendría a afirmar lo siguiente: “tres principios han hecho posible ese nuevo mundo: la democracia liberal, la experimentación científica y el industrialismo. Los dos últimos pueden resumirse en uno: la técnica. Ninguno de esos principios fue inventado por el siglo XIX, sino que proceden de las dos centurias anteriores. El honor del siglo XIX no estriba en su invención, sino en su implantación.”⁴

¹ J. Ortega y Gasset: *Misión de la universidad*, en *Obras completas*, IV, Madrid, Taurus, 2005, p. 567.

² J. Zamora Bonilla: *Ortega y Gasset*, Barcelona, Plaza & Janés, 2002, pp. 280-303.

³ J. Ortega y Gasset: *La rebelión de las masas*, Madrid, Espasa-Calpe, 1955, p. 9.

⁴ *Ibíd.*, p. 77.

Queda claro, por tanto, que la correlación entre ciencia, capitalismo y liberalismo es la base de la contextualización histórica que Ortega introduce en su análisis: el problema de la especialización es una consecuencia estructural de la Modernidad, no una anomalía coyuntural que pueda resolverse de forma aislada.

2. La ciencia en crisis

Según Ortega, la ciencia está en riesgo ante un fenómeno que le ha dado a la vez unas posibilidades de desarrollo ilimitadas. Y es que, como todo problema histórico, es decir, humano, la especialización es un drama que contiene en su actualidad potencialidades contradictorias. Conviene no olvidar, para valorar la pertinencia actual de la aportación de Ortega, que el proceso de especialización continúa aún abierto en el presente, por lo que estas potencialidades, debidamente actualizadas por la experiencia de casi un siglo, siguen plenamente vigentes: la especialización está inserta en una situación presente que sigue siendo “potencia bifronte de triunfo o de muerte”⁵.

El progreso científico requiere de una labor de síntesis para elaborar una perspectiva integrada de cada disciplina. En esta síntesis no sólo se ven comprometidos los conocimientos procedentes de la investigación dentro de la propia disciplina, sino también recursos “pertenecientes” a la filosofía o a otras ciencias. Sin embargo, esta práctica se hace cada vez más difícil: tanto por la abundancia y diversidad de las ramas de conocimiento especializadas, como por el modelo de científico que esta organización de la ciencia requiere. La salida más lógica –dentro de esta dinámica- es profundizar en la especialización y escindir nuevas disciplinas dentro de las divisiones ya clásicas. Ortega, en cambio, abre la vía de la reflexividad sobre la propia actividad científica como práctica incorporada a las Humanidades, pero no la desarrolla como sí lo hace Sacristán, que recoge su testigo aplicándolo a la práctica de la investigación científica.⁶ Veremos esta diferencia claramente más adelante, en la propuesta orteguiana de una

⁵ *Ibíd.*, p. 94.

⁶ J.L. Moreno Pestaña: “¿Cómo continuar con la filosofía? Manuel Sacristán y la vía orteguiana de crítica a la escolástica”, F. J. Martín y J. Muñoz: *Razón y emancipación (Debate sobre Manuel Sacristán)*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2010, (en prensa).

“Facultad de Cultura” para la universidad. Contentémonos por ahora con señalar las dos vertientes por las que la especialización afecta negativamente a la ciencia:

1. Académica: la ciencia entraría en crisis por la propia incapacidad de los científicos para reconstruir sus fragmentos y elaborar una síntesis de su disciplina⁷. La técnica es un factor clave para la cuestión de la especialización: la aplicación mecánica de un método para hacer ciencia, es decir, el predominio de la técnica, conlleva la ausencia de una reflexividad que debería ser inherente a toda actividad intelectual, acomodando así al científico al estado actual de las cosas: a la inercia de la especialización⁸. Es cierto que gracias a esta mecanización, a este empleo sistemático de la técnica de investigación, el científico se ha podido integrar en un modelo de investigación muy eficiente; pero la ciencia, para seguir avanzando, debe problematizar sus propios supuestos. Si tan sólo se aplica la técnica de investigación a nuevos objetos, se desarrollará el estado actual –y sólo el estado actual- de la ciencia hasta sus últimas posibilidades –lo cual es una labor necesaria-: sin el complemento de la reflexividad sobre la propia disciplina, la ciencia está perdida⁹.

Merece la pena detenerse brevemente en la distinción entre ciencias naturales y ciencias sociales, porque su diferente objeto de estudio hace que la valoración de la tarea investigadora difiera a su vez. La no repetición de los fenómenos estudiados por las ciencias sociales hace que aplicar acríticamente los esquemas teóricos de los que parte la investigación a un hecho concreto produzca escaso valor de conocimiento. La calificación de dogmatismo, que es, por consiguiente, relativamente frecuente en las ciencias sociales –y, no obstante, aplicada a veces a una práctica extendida y necesaria siempre que no caiga en el reduccionismo-, es la norma que rige el funcionamiento de las ciencias naturales¹⁰.

2. Social: el vínculo ciencia-sociedad se rompe con la especialización, por lo que la ciencia se *deshistoriza*¹¹. Se pierde la noción de las condiciones de posibilidad de la ciencia, su utilidad social, para entrar en una espiral autorreferente que acaba por

⁷ J. Ortega y Gasset: *La rebelión...*, op. cit., pp. 120-122.

⁸ *Ibíd.*, pp. 98-99.

⁹ *Ibíd.*, p. 159.

¹⁰ No hay espacio aquí para tratar este tema. Remitimos a J. L. Moreno Pestaña (op. cit.) para un análisis preciso de esta cuestión y su inserción en las redes filosóficas españolas.

¹¹ J. Ortega y Gasset: *La rebelión...*, op. cit., p. 123.

desarrollar temas que adquieren sentido exclusivamente dentro del campo científico, sin repercusión positiva alguna para el resto de la sociedad.

Ortega insiste en que estas dos vertientes son inseparables del progreso en sentido positivo de la ciencia; pero para profundizar en su argumentación se ve de nuevo impelido –en base al imperativo de la “razón histórica”- a concretar de alguna forma el proceso de articulación de la ciencia en la sociedad, lo que nos conduce, mediante una inevitable simplificación, a la Universidad.

3. Nostalgia de una cultura integrada

¿Pero es la especialización un problema exclusivamente científico? Ortega responde a esta pregunta introduciendo el problema de la especialización en la experiencia vital del ser humano de la época¹². *La rebelión de las masas* tiene múltiples lecturas posibles, como corresponde a un buen clásico; lo que aquí nos interesa es su crítica de la fragmentación del hombre moderno. Para Ortega, el progreso que ha posibilitado el fabuloso incremento de población y una abundancia de bienes absolutamente impensable siglos atrás ha transformado cualitativamente la experiencia del hombre europeo. Es decir, la rebelión de las masas no debe entenderse únicamente como resultado de la mejora generalizada de las condiciones materiales de la población y el incremento de la misma: la base social previa a ese proceso se ha visto profundamente transformada. Y no sólo en términos de relación de fuerzas políticas, sino, sobre todo, en la experiencia vital: la experiencia del ‘hombre-masa’.

Ortega define al ‘hombre-masa’ transformando un fenómeno cuantitativo en una construcción sociológica: el acceso de un gran número de gente a lugares antes reservados a la élite implica que la élite ya no es tal. Y, además, este ascenso instaaura una novedosa homogeneización social: la homogeneidad de la no cualificación, al renunciar las élites a sus funciones tradicionales¹³. Pero incidiendo en el cambio cualitativo que ha sufrido la base social, Ortega salta del terreno sociológico al

¹² J. Ortega y Gasset: *Misión...*, op. cit., p. 539.

¹³ J. Ortega y Gasset: *La rebelión...*, op. cit., p. 45.

psicológico: la categorización de ‘masa’ se traslada ahora al individuo como incorporación de unas prácticas sociales: “En rigor, la masa puede definirse, como hecho psicológico, sin necesidad de esperar a que aparezcan los individuos en aglomeración. Delante de una sola persona podemos saber si es masa o no. Masa es todo aquel que no se valora a sí mismo -en bien o en mal- por razones especiales, sino que se siente «como todo el mundo» y, sin embargo, no se angustia, se siente a sabor al sentirse idéntico a los demás.”¹⁴ La cuestión es: ¿cómo es posible que en una sociedad que ha alcanzado tal grado de desarrollo científico-técnico predomine un modelo de ser humano cuyo rasgo característico es la no cualificación? Ortega responde: “resulta que el hombre de ciencia actual es el prototipo del hombre-masa. Y no por casualidad, ni por defecto unipersonal de cada hombre de ciencia, sino porque la ciencia misma –raíz de la civilización- lo convierte automáticamente en hombre-masa; es decir, hace de él un primitivo, un bárbaro moderno”.¹⁵

Sin embargo, en la descripción psicológica de la experiencia del científico, Ortega se vuelve un tanto ambiguo¹⁶: la satisfacción que proporciona al científico la experiencia del conocimiento le llenaría, por sí misma, de una confianza ciega. El filósofo madrileño no toma aquí en cuenta –o no tiene tiempo en un formato periodístico- los aspectos sociales y materiales de la vida del científico. Así, la seguridad del científico no emanaría tanto del mismo saber, de la experiencia del conocer, como de la respuesta que el cumplimiento de su función supone respecto a la presión social inherente a cualquier profesión. El científico se siente seguro porque cumple su papel asignado –su mecánica técnica sirve para lo que le enseñaron- y la necesidad no le empuja a tomar conciencia social de su existencia. La cultura –en el sentido de *sistema vital de ideas* que usa Ortega- le proporciona el resto del valor de conocimiento que –científicamente- su profesión no le proporciona. De ahí la aparente seguridad que muestra –la cultura así entendida, si funciona, sería un modelo lo suficientemente cerrado de interpretación del universo- en todas las facetas de su vida. Las consecuencias estructurales de este modelo no son estrictamente –es decir, técnicamente- competencia del científico: es más una cuestión de disputa política por la hegemonía en el campo de las representaciones. Y algo deja entrever al respecto Ortega

¹⁴ *Ibíd.*, p. 44.

¹⁵ *Ibíd.*, p. 118.

¹⁶ *Ibíd.*, pp. 120-121.

cuando habla de la prensa como “único «poder espiritual»”¹⁷; pero su solución es un llamamiento a reintegrar esa cultura europea fragmentada mediante la universidad: una sustitución de la prensa por la universidad como principal institución que organice la hegemonía de un sistema cuyos fundamentos no se ven alterados. Para Sacristán, como desarrollaremos en el siguiente punto, el diagnóstico es acertado, pero la solución se ve limitada porque Ortega sólo sitúa su campo de posibilidades dentro del sistema capitalista¹⁸.

4. ¿Por qué la Universidad?

El desarrollo de los dos apartados anteriores nos obliga a ocuparnos ahora de la universidad. La universidad del siglo XIX se había transformado para acoger la institucionalización de la ciencia, lo que, junto a la trascendencia de la discusión sobre la reforma de la universidad¹⁹, justifica que Ortega desarrolle en *Misión de la Universidad*, entre otras cosas, un intento de análisis concreto de la especialización. Ortega entendía que cualquier problematización de la ‘ciencia’ debía contemplar a su principal organismo transmisor y productor, al menos teóricamente: “en la Universidad se cultiva la ciencia misma, se investiga y se enseña a ello. (...) Quiero decir que si en España se hiciese en abundancia ciencia, se haría preferentemente en la Universidad, como acontece, más o menos, en los otros países.”²⁰ Pero junto a la investigación científica y a la formación de científicos, señalaba otras dos funciones para la universidad que la convertían en una institución crucial: la transmisión de la cultura y la enseñanza de las profesiones²¹. De todas ellas, la función más importante era la transmisión de la cultura: con ella pretendía Ortega compensar la especialización que formaba “bárbaros que saben mucho de una cosa”²². El problema radicaba en que estas

¹⁷ J. Ortega y Gasset: *Misión...*, op. cit., p. 568.

¹⁸ M. Sacristán: “La universidad y la división del trabajo”, *Panfletos y Materiales: Intervenciones políticas*, 3, Barcelona, Icaria, 1985, pp. 98-152.

¹⁹ J. Zamora Bonilla, op. cit., pp. 310-313.

²⁰ J. Ortega y Gasset, *Misión...*, op. cit., p. 536.

²¹ *Ibíd.*, p. 542.

²² *Ibíd.*, p. 561.

tres funciones se confundían en la práctica y se estorbaban entre sí²³: de la transmisión de cultura quedaba tan sólo un residuo erudito; mientras que la ciencia y la enseñanza de profesiones convivían con mucha dificultad en los mismos planes de estudio. La labor que Ortega se atribuyó fue, cómo no, arrojar luz sobre el asunto y proponer, de paso, una orientación para salir de la encrucijada.

El lema orteguiano de vivir a la “altura de su tiempo”²⁴ es también la consigna para el problema de la universidad. Se trata de dotar al hombre medio del sistema de ideas –la cultura- más avanzado de su generación. Esa labor la debe llevar a cabo la universidad a través de cada una de sus tres funciones. En primer lugar, creando una Facultad de Cultura que enseñe directamente dicha materia en la universidad –especialización, dice Sacristán, que pretende paradójicamente resolver el problema de la especialización²⁵-. En segundo lugar, mediante la enseñanza de profesiones, para lo que la universidad debe transformarse pedagógicamente y diferenciar tajantemente la investigación científica de esta función. La ciencia se ve así relegada a la periferia de la universidad. Pero no es éste un lugar menor: la ciencia, dice Ortega, impregna gran parte de la cultura de su tiempo –en mayor medida lo hace en la actualidad-; pero lo que de ciencia hay en la cultura y en las profesiones no es investigación. Es radicalmente necesario diferenciar entre el contenido de la ciencia y la investigación misma²⁶. La urgencia de la vida no puede supeditarse a la paciencia de la ciencia: es necesaria una selección de lo que la ciencia contiene mediante una síntesis de sus conocimientos especializados que se incorpore como acervo cultural. La deducción lógica es que en la universidad debe primar la pedagogía sobre la investigación, postura muy acorde con la trayectoria personal e intelectual de Ortega, siempre comprometido y en conflicto con su circunstancia. Ortega insiste en que esta solución no implica el abandono de la investigación, sino su reubicación en una universidad que debe, ante todo, situar al hombre-medio a la altura de su tiempo: debe formar a una élite dirigente –que en una sociedad democrática debe ser un sector lo más amplio posible de la población-.

Las repercusiones de *Misión de la Universidad* en la práctica no fueron escasas, si bien, probablemente no fueran lo extensas que Ortega hubiera deseado. El estudio de

²³ *Ibíd.*, p. 552.

²⁴ J. Ortega y Gasset, *La rebelión...*, op. cit., pp. 54-62.

²⁵ M. Sacristán, op. cit., pp. 107-108.

²⁶ J. Ortega y Gasset, *Misión...*, op. cit., p. 553.

la reforma del sistema educativo y la valoración de la vida cultural durante el período republicano escapa a las posibilidades de nuestro análisis. Para lo que nos ocupa, Ortega sí pudo construir un referente institucional, al menos para la filosofía, en la nueva Facultad de Filosofía y Letras de Madrid²⁷. Pese a su corta duración, esta institucionalización jugará un papel importante –aunque, por supuesto, no exclusivo- en la consolidación de la ‘Escuela de Madrid’ y en la difusión del debate sobre la relación entre ciencia y filosofía²⁸ en España²⁹. Ya en la posguerra, cuando Ortega vuelve a España, tratará de crear un Instituto de Humanidades que recuerda mucho al proyecto de la Facultad de Cultura: era un intento de recuperar la conexión perdida con la juventud española a raíz de la guerra. Fracasará el Instituto de Humanidades, pero no se perdió la imagen de Ortega como maestro, como referente compartido por los estudiantes que a su muerte le homenajearon³⁰.

5. Conclusión

No pretendo al sacar conclusiones juzgar la obra de Ortega en su contexto histórico: contradigo así el llamamiento a la ‘razón histórica’ de Ortega. Valorar la aportación de las ideas aquí esbozadas para la comprensión de un proceso histórico que supera su propia contemporaneidad supone descontextualizar las ideas e introducirlas en una nueva circunstancia. Pero si esa descontextualización es consciente implica devolver la vida a unos conceptos destinados, de lo contrario, a permanecer prisioneros de su tiempo. Eso sí, la responsabilidad de esta nueva aplicación no debe caer sobre Ortega, sino sobre nosotros mismos.

A corto plazo, la situación de crisis europea adquirió los tintes más dramáticos que vaticinaba Ortega. Pasado el trance, Europa ha continuado hasta la actualidad sin variar sustancialmente los principios en los que Ortega situaba el origen del *especialismo*. Pero “el pasado es «lo natural del hombre y vuelve al galope». El pasado

²⁷ J. Zamora Bonilla, op. cit., p. 403.

²⁸ J. L. Moreno Pestaña, op. cit., (en prensa).

²⁹ F. Vázquez García: *Filosofía española, herederos y pretendientes*, Madrid, Abada, 2009, pp. 157-219.

³⁰ J. Zamora Bonilla, op. cit., pp. 487-488.

no está ahí y no se ha tomado el trabajo de pasar para que lo neguemos, sino para que lo integremos”³¹: negar, o no reflexionar lo suficiente sobre el pasado permite que éste vuelva a aparecerse. Se podría situar la crítica de la ciencia del posmodernismo, cuando se presenta como anti-moderna y no como continuación de un proyecto, como el último eslabón de la fragmentación propia de la modernidad capitalista y, mucho más claramente, como reflejo de la fragmentación de la experiencia vital que implica la denominada “muerte del sujeto”³².

La interdisciplinariedad entendida como el intercambio de técnicas o herramientas teóricas entre distintas disciplinas científicas es una práctica muy saludable y necesaria; pero no resuelve el problema de la especialización. El camino para la superación de la especialización moderna pasa por trascender la actividad puramente técnica introduciendo la reflexividad sobre la propia actividad científica en la práctica diaria del hombre de ciencia; lo que permitiría otorgar una perspectiva de conjunto a un proceso del que forma parte y sobre el que, consecuentemente, debería tener algo que decir.

Los peligros que, según Ortega, se cernían sobre la precaria relación entre ciencia y sociedad no parecen haberse extinguido: recorrer los textos de Ortega sobre la universidad, continuar con la crítica de Sacristán y observar el panorama de la reciente reforma europea puede ser una experiencia sorprendente para quien no conozca esta tradición histórica. Sin embargo, quizás se ha tendido a minusvalorar la estabilidad de una ciencia en crisis y la capacidad de reproducción de un sistema cuya inercia ha demostrado ser más fuerte que los defectos y fuerzas que se le oponían.

Una de las críticas más frecuentes a Ortega fue la falta de sistema en su filosofía. El mismo Ortega era consciente de que el entorno alemán en el que se había formado tenía muy poco que ver con su España. Quienes lo califican peyorativamente de periodista que pretendía hacer filosofía contemplan estas limitaciones como un lastre, pero olvidan que el propio Ortega era muy consciente de su circunstancia —estas dos obras dan fe de ello— y eligió ejercer como filósofo de la forma que le pareció más coherente con ella. Quizás esa forma de hacer filosofía le impidiera, en cuanto a la

³¹ J. Ortega y Gasset, *La rebelión...*, op. cit., p. 23.

³² P. Anderson, *Los orígenes de la posmodernidad*, Barcelona, Anagrama, 2000.

especialización, clarificar con más detalle el proceso por el que ese fenómeno estructural de la modernidad se incorpora a la experiencia psicológica del hombre-masa; pero, a cambio, abrió un campo de posibilidades al pensamiento español en un contexto tremendamente adverso, se implicó con los jóvenes de su tiempo, trató de construir una reforma de la universidad... Difícilmente hubiera podido salir un enfoque tan lúcido sobre el problema social que supone la especialización de la pluma de una persona que no tuviera tan presente –a veces, dolorosamente presente- las limitaciones y posibilidades que le ofrecía el contexto social en que le había tocado vivir.

Referencias bibliográficas

Anderson, P.: *Los orígenes de la posmodernidad*, Barcelona, Anagrama, 2000.

Moreno Pestaña, J. L.: “¿Cómo continuar con la filosofía? Manuel Sacristán y la vía orteguiana de crítica a la escolástica”, F. J. Martín y J. Muñoz: *Razón y emancipación (Debate sobre Manuel Sacristán)*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2010.

Ortega y Gasset, J.: *La rebelión de las masas*, Madrid, Espasa-Calpe, 1955.

– *Misión de la universidad. Obras completas*, IV, Madrid, Taurus, 2005.

Sacristán, M.: “La universidad y la división del trabajo”, *Panfletos y Materiales: Intervenciones políticas*, 3, Barcelona, Icaria, 1985.

Vázquez García, F.: *Filosofía Española, Herederos y Pretendientes*, Madrid, Abada, 2009.

Zamora Bonilla, J.: *Ortega y Gasset*, Barcelona, Plaza & Janés, 2002.